HISTORIA DE LA MEDICINA

ALEXIS CARREL Y RENE LERICHE

DOS PRECURSORES DE LA CIRUGÍA VASCULAR

Dr. Manuel A. Casal * MAAC FACS

Diciembre de 1899, últimos días del año y del siglo XIX, Francia y toda Europa olvidando sus prolongadas guerras vivían un desconocido período de paz y bienestar. Mientras París se preparaba para recibir un nuevo siglo con el contagioso optimismo de la "belle époque", en Lyon, capital de una de las provincias más antiguas del país, durante esas mismas noches, por sus solitarias y silenciosas calles, resonaban los ecos de las voces y las pisadas de 2 jóvenes que atravesaban caminando buena parte de la ciudad. ¿Quiénes eran y a dónde iban? Iban a la casa de uno de ellos, situada en el número 26 del Quai de L'Archevalle, hoy Romain Rolland, frente a la Catedral de Saint Jean y venían de asistir en el Hospital Hôtel Dieu, a un curso especial que se dictaba de 9 a 12 de la noche, para los internos que debían rendir sus exámenes finales. ¿Quiénes eran? Dos estudiantes de 27 y 21 años de edad, de baja estatura, y que llegarían a ser 2 gigantes de la medicina: se llamaban Alexis Carrel y René Leriche.

* Cirujano Consultor, Hospital Prof. Alejandro Posadas, Villa Sarmiento, Provincia de Buenos Aires.

Conferencia pronunciada en la Sociedad Argentina de Cirugía Torácica y Cardiovascular, sesión del 20 de abril de 1988.

Los médicos raramente son metafísicos y, cuando lo son, su metafísica tiene mucho cuidado en no permitir que su "meta" pierda de vista a su "física".

Etienne Gilson

ALEXIS CARREL

Mayo de 1903; ha quedado atrás el siglo XIX y nos encontramos en el sur de Francia, en la ciudad de Lourdes, cerca de los Pirineos. Debajo de la roca de Massabiele, en una gruta alumbrada por el brillo de las llamas de miles de cílios y en medio del rumor de fervientes letanías, un joven médico que ha llegado de Lyon acompañando a un grupo de peregrinos, observa atentamente a una adolescente de nombre Marie Bailly, que presenta una tuberculosis peritoneal. El abdomen tenso y doloroso, los miembros esqueléticos, fríos y lividos, el pulso taquicárdico y un rostro anústico y disnésico; por su delicado cuadro clínico temen bañarla en las prodigiosas aguas del manantial y recibes solamente, unas abluciones sobre su cuerpo.

Poco después, el médico comprueba con asombro que la paciente mejora, su pulso y respiración se
normalizan, el abdomen está ahora depresible e indoloro y ante su pregunta "¿cómo se siente usted?", la enferma le contesta "estoy curada". Estaba y siguió curada hasta su muerte ocurrida en febrero de 1897 como lo certifican los registros de la Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, donde se incorporó después de su sorprendente curación. El médico anota cuidadosamente sus observaciones, las firma y al regresar a Lyon las entrega a sus autoridades sanitarias. Alexis Carrel, ese era el médico, había sido testigo de un milagro que no sabía interpretar. Deseaba creer en su origen sobrenatural, pero vacilaba y desde entonces comenzó a hacerse preguntas metafísicas que lo acostumbraban, sin descanso, como una llama ardiente, toda su vida.

Carrel nació el 28 de junio de 1873 en Sainte Foy, un pueblo vecino a Lyon. Fue bautizado como Marie Joseph Auguste, pero adoptó el nombre de su padre, Alexis, quien murió siendo él niño. De familia burguesa y católica, estudió en el colegio San José, de los jesuitas. En 1890 ingresa a la Facultad de Medicina de Lyon, es externo en 1893 e interno en 1896; en 1899 finaliza sus estudios con una tesis doctoral sobre "Bocio canceroso". Ya graduado, se incorpora al Servicio de Cirugía de Antonin Poncelet, en el que rápidamente se destaca por su habilidad manual y poderosa concentración intelectual. Desde su juventud fue un solitario a quien gustaba contemplar la naturaleza; por ello, cuando podía, los fines de semana y durante las vacaciones, se trasladaba en un triciclo con motor a una propiedad que su madre había adquirido en los alrededores de la ciudad, sobre el flanco de una colina en medio de un macizo boscoso. Allí se dedicaba a pasear escudriñando las ocultas leyes de la naturaleza, pues una de las características más notables de su personalidad fue siempre su insaciable curiosidad.

Su temprana inclinación por la cirugía vascular obedece a la influencia de su maestro Jaboulay y probablemente a la impresión que le causó el asesinato del Presidente de la República, Sadi Carnot, a quien un anarquista italiano le hundió un cuchillo en el abdomen secionándole la vena porta, cuando visitaba Lyon en 1894. Ante la impotencia de los cirujanos presentes, el presidente murió por la consecutiva hemorragia y, frente a la generalizada opinión sobre la imposibilidad de operar con éxito esas heridas, se levantó la voz de Carrel, todavía estudiante, afirmando la necesidad de aprender a suturar los vasos como se hacía en el resto de los tejidos del organismo.

Las suturas invaginantes y no perforantes tipo Lembert, habían permitido el rápido desarrollo de la cirugía gastrointestinal, pero no servían para las paredes vasculares. Carrel advirtió que las arterias y las venas requerían delicadas puntadas perforantes y evertidas para que las íntimas de sus endotelios se pusieran en contacto, evitando de esta forma trombosis y estenosis posoperatorias.

Para lograr esos objetivos adquiere en una antigua mercería de Lyon, unas agujas muy delgadas utilizadas para encajes; luego concurre a la casa de costuras de la Sra. de Leroudier, una bordadora de gran fama en esa ciudad, donde se adiestra en el arte de coser. De esta forma Carrel comienza a practicar todo tipo de suturas vasculares, primero en cadáveres, luego en perros y por último en sus pacientes hasta que, en 1902, publica sus resultados en la revista Lyon Medicale, señalando la importancia de una rigurosa asepsia, agujas e hilos finos y delicados, y una cuidadosa técnica operatoria consistente en anastomosis terminoterminal con puntadas evaginantes, previa triangulación de los cabos.

Establecidas las bases técnicas que permitirían el desarrollo de la cirugía vascular, Carrel, muy joven aún, deseaba dedicarse a la investigación científica porque solía decir "yo he inventado técnicas para que las usen otros". Pero, al intentar realizar sus originales trabajos experimentales, encontró la oposición de una sociedad médica muy tradicionalista que no aceptaba fácilmente las innovaciones. Además, todavía no se habían apagado las fuertes polémicas que había encendido cuando publicó sus observaciones sobre el milagro de Lourdes, pues algunos no le creyeron y otros le reprocharon que no aceptara su origen sobrenatural.

En esas circunstancias, no encontrando las oportunidades que le exigían imperiosamente sus proyectos, sólo lo retenía en Lyon su amor filial. Hasta que un día la fuerza de sus sueños que lo agitaban sin cesar, rompe esos lúgros afectivos y el 4 de mayo de 1904 parte para América prometiendo dole a su madre que pronto, en unos meses, retornaría a su lado. No volverían a verse.

Envuelto en esos sueños Carrel deja su país y corre detrás de la aventura porque no podía esperar más tiempo para concretar una obra que le dió sentido a su vida. Primero el Canadá, la Francia de América, donde se hace agricultor y ganadero; luego Chicago, Rochester, Baltimore, donde conoce a los grandes cirujanos norteamericanos, Murphy, Halsted, Cushing y los Mayo; por último New York, donde visita el Instituto Rockefeller y en una casual reunión conversa con uno de sus directores, Simón Flexner, quien lo invita a incorporarse al Instituto como "fellow".
Estamos en 1906, solamente han transcurrido 2 años de su partida de Francia, y el destino repentinamente le ha abierto las puertas de un camino que este intelectual, nervioso e inquieto, recorrerá con pasos firmes durante 33 años.

Anastomosis vasculares, injertos autólogos, homólogos y heterólogos, trasplantes de órganos, reimplante de miembros, luego los cultivos de tejidos. Sin pausas, Carrel va edificando una nueva biología celular dentro de los silenciosos laboratorios del Instituto Rockefeller con la tranquilidad, el orden y los medios económicos que no había encontrado en su país. También muy pronto llegan los frutos de sus atrevidas investigaciones, pues en 1912 el Karolinska Institut le otorga el Premio Nobel de fisiología y medicina. Es la primera vez que ese importante galardón se recibe en América, aunque su destinatario sea un francés, y es la segunda y última oportunidad en que lo recibiría un cirujano ya que Theodor Kocher (1854-1917) cirujano suizo, había sido Premio Nobel de Medicina en 1909.

Carrel tenía entonces 39 años, baja estatura, delgado pero fornido, ojos vivaces e inquisidores, uno color azul y otro caucaso como un personaje de Victor Hugo, con lentes por su miopía 19. Siempre se lo veía en sus laboratorios vestido de blanco, con chaqueta corta y un gorro de seda negra cubriendo su extensa calvicie 19.

En 1914 la primera guerra mundial, Carrel casa do con Anne Marie Gourle de la Motte, a quien había conocido en una de sus periódicas visitas a Lyon y Lourdes, ofrece sus servicios al gobierno de su país y es destinado a un hospital de urgencia en París; luego, a su pedido es trasladado a Compiègne, ciudad situada a 14 km de las trincheras. Por esa época se vincula en el Hôtel Dieu con Henry Drysdale Dakin, químico inglés, con quien desarrollan un novedoso sistema de irrigación de las heridas con una solución de hipoclorito de sodio, conocida desde entonces como líquido de Dakin-Carrel 19.

En 1918 llega el armisticio y Carrel regresa a New York siendo nombrado Director del Instituto Rockefeller donde retoma el curso de sus investigaciones sobre trasplantes de órganos y cultivos de tejidos que, al ser ampliamente difundidos por la prensa, despertaron el interés de Charles Lindbergh, la figura más popular de los EE. UU. en la década del 30 por sus proezas aeronáuticas. Este lo visitó proponiéndole la construcción de una bomba de perfusión continua que permitía mantener los tejidos indefinidamente vivos 19. Durante 5 años trabajan en ese proyecto y en 1938 publican sus resultados con un prólogo en homenaje a Claude Bernard 19.

Con motivo de la segunda guerra mundial, en 1939, Carrel vuelve a ofrecer sus servicios al gobierno de la 3ª República, siendo designado supervisor en el Ministerio de Armamentos.

En julio de 1940, la rendición de Francia, Carrel con pena por la suerte de su patria, regresa al Instituto Rockefeller, ya no como Director pues había cumplido 65 años, edad obligatoriamente jubilatoria y continúa en los antiguos laboratorios con sus trabajos experimentales 18. Sin embargo, pocos meses después comprende que su ciclo en ese país había concluido y decide volver definitivamente a su Francia natal. El 31 de enero de 1941 se despide de sus fieles colaboradores y al día siguiente, desde la borda del Siboney, barco que lo llevará a Europa, mira con nostalgia y por última vez la ciudad de New York 19.

A su regreso, el mariscal Petain, conociendo el prestigio de su compatriota, le facilita la creación de la "Fundación francesa para el estudio de los problemas humanos", encargándole de su Regencia. Desde 1941 hasta 1944 Carrel organiza esa Institución para alcanzar los objetivos que le dieron origen: “mejorar el estado fisiológico, mental y social de la población francesa en todas sus actividades”. Este fue el supremo esfuerzo de Carrell quien, en esos difíciles y críticos momentos políticos, recordaba las palabras de Paul Claudel: “Ante los disgustos de la vida, la prudencia no consiste en la huida sino en la conquista”.

En agosto de 1944 la liberación de París, el secretario de Sanidad, Pasteur Vallery Radot, firma con sus primeros decretos la suspensión de las funciones oficiales de Alexis Carrel 19.

Transcurren tristes días para este luchador, pero no muchos porque el 5 de noviembre fallece a los 71 años de edad por una antigua afección cardiovascular. Sus restos fueron trasladados desde París a una pequeña capilla en la isla de Saint Gildas, en Bretaña, que había sido en los últimos tiempos de su vida su tranquilo refugio del convulsionado mundo en que le tocó vivir 19.

La permanente e intensa actividad científica de Carrel en el Instituto Rockefeller no impidió el desarrollo de su cultura humanística ni dismi nuó las inquietudes espirituales que lo agitaban desde su juventud.

Por la década del 30, después de haber estado muchos años meditando sobre los enigmas de la
biología celular, este singular investigador levanta su cabeza, mira a su alrededor y advierte que el hombre es el verdadero tema de la vida. Entonces, no sin cierta emoción poética, deja escapar sus pensamientos que adquieren formas literarias en "La incógnita del hombre," "La oración," "Viaje a Lourdes," "Día tras día," "Reflexiones sobre la conducta humana," "Necesidad de un nuevo conocimiento del hombre," "La construcción de los hombres civilizados" y otros más, cuya lectura permite descubrir su ruta intelectual.

Carrel consideraba el "intuicionismo" de Henri Bergson como un método útil de investigación biológica y filosófica porque permitía penetrar en la intimidad de las cosas y los seres, en su "élan vital", donde no llega la inteligencia, que detiene el constante movimiento de la realidad para analizarlo. Sin embargo, temiendo que la intuición se transformará en ilusión, seguía pensando, como cuando en Lourdes comprobó personalmente un milagro, en la necesidad de encontrar nuevas leyes biológicas que explicaran los misterios que la medicina no podía resolver.

Sucedía que Carrel, igual que la mayoría de sus contemporáneos, positivistas y racionalistas, creía en la posibilidad de reducir todas las actividades humanas, incluso espirituales, a las leyes de la naturaleza.

A pesar de esta idea científica del universo, Carrel era creyente y oraba a menudo pero no aceptaba el dogma católico, e igual que otros deístas fue arrastrando la cruz del eterno conflicto entre el cielo y la tierra. Por ello, en los instantes finales de sus meditaciones metafísicas se interpone la poderosa sombra de Claude Bernard impiidiéndole alcanzar la revelación por la fe.

Este pionero olvidado, como lo ha llamado quien hace poco nos lo recordó, tiene un lugar en la historia de la ciencia. Comenzó siendo cirujano y se convirtió muy pronto en un precursor de la cirugía vascular, continuó como biólogo y sus trabajos con los cultivos de tejidos son clásicos y por último, finalizó sus días como antropólogo tratando de mejorar el género humano. Mientras tanto, en su vida paralela en el mundo de las letras, fue dibujando el perfil de su alma solitaria que alcanzaría la máxima vibración con su legendaria obra "La incógnita del hombre".

RENÉ LERICHE

Es el otoño de 1914, nos encontramos ahora en el nordeste de Francia, en los Vosgos, donde la guerra es cada día más intensa. En la planicie desolada de Santorre, cerca de la ciudad de Brotteaux, veíamos a un joven jinete militar buscar unas tumbas. Delante de cada montón de tierra recién removida, detiene su caballo y lee los nombres de las cruces nuevas, cumpliendo el pedido de su madre de encontrar el lugar donde descansarían los restos de dos hijos de una querida amiga, muertos en combate en ese lugar. De pronto el caballo se asusta y encabrita al oír el ruido de un avión alemán que en picada, pasa por encima de sus cabezas y se dirige al pueblo cercano.

El jinete oye el ruido de la metralla y acelera el paso para regresar pronto a su base. Poco después, en medio de una nube de polvo que flota sobre su hospital de campaña, contempla el cráter de una bomba en el lugar de la oficina donde trabajaba todos los días a esa hora. El pedido de su madre había salvado la vida de René Leriche, ése era el jinete, quien de inmediato comenzó a curar y asistir los heridos que gemían entre los escombros.

Esta impresión sobre el sufrimiento de los hombres que no olvidaría en su larga vida de cirujano, fue un permanente estímulo en la búsqueda de recursos terapéuticos más eficaces para dominar el dolor de sus enfermos.

Leriche nació el 12 de diciembre de 1879 en Roanne, ciudad vecina a Lyon, tercero de 7 hijos varones. Estudió durante su infancia y adolescencia con los padres maristas y luego se preparó para ingresar en el Colegio Militar de Saint Cyr.

A último momento la influencia de un tío abuelo, cirujano, desvió su intención vocacional y decidió su ingreso a la Facultad de Medicina de Lyon, de donde egresó en 1906 con una tesis sobre "El tratamiento quirúrgico del cáncer gástrico".

En 1910 se casa con una joven estudiante de medicina oriunda de la Renania, que luego abandonaría sus estudios. Ese mismo año inicia su carrera quirúrgica incorporándose al Servicio de Gi-
rugía de Poncelet y funda con su amigo Cavaillon la conocida revista “Lyon Chirurgicale”.

Entre 1910 y 1914 viaja a Alemania y los EE. UU. para perfeccionar sus conocimientos quirúrgicos. En Nueva York se encuentra con su condiscípulo Carrel, quien le organiza una serie de visitas a los hospitales más prestigiosos de ese país. Entre ellas, la que Leriche siempre recordaría con gratitud fue la que le permitió conocer a Halsted, en Baltimore, con quien estableció fuertes lazos de amistad que se mantuvieron a través de una cordial y permanente relación epistolar.

Durante ese viaje Leriche no solamente tuvo la suerte de entrevistarse con las figuras más representativas de la cirugía norteamericana, sino que también pudo conocer a otras personalidades del mundo artístico y cultural. Así fue como, de sorpresa en sorpresa, una mañana en el Instituto Rockefeller vio entrar a Carrel a los laboratorios de investigación, acompañado de la famosa actriz Sara Bernhard, detrás de la cual 2 ayudantes llevaban su enorme barba de plumas y su sombrero cubierto de flores. A pedido de Carrel, Leriche revisa una de las rodillas de la actriz que le impidió caminar bien por artritis; inmediatamente después Carrel lleva a cabo en un perro una delicada anastomosis carotidea, explicando sus detalles técnicos. La operación acababa de finalizar, cuando repentinamente la gran Sara se arroja sobre el perro, lo abraza y exclama: “Esto es lo que yo hubiera querido ser, un animalito útil para las experiencias, por lo menos hubiera servido para algo”.

En 1914, la primera guerra mundial, Leriche parte hacia el frente como ayudante mayor del 14º Cuerpo del Ejército, primero en los Vosgos, bajo el fuego enemigo, luego en París, en los servicios de urgencia del Hospital del Panteón y del Hospital Ruso que funcionaba en el Hôtel Carlton. Por último, en 1917 por solicitud suya nuevamente en el frente dirigiendo el cuerpo quirúrgico de Bouleuse, cerca de Reims.

Llega el año 1918 y el armisticio. Leriche, cirujano y soldado como soñaba en su niñez, vuelve a Lyon que lo había visto irse montado en el caballo del panadero y reanuda su carrera quirúrgica en el Hospital Militar de esa ciudad, otorgándole preferente atención a las alteraciones neurovegetativas del sistema vascular, pues durante la guerra había comprobado que la resección de la vaina simpática periartrial producía una vasodilatación periférica que suprimía los dolores de los amputados con causalgias. Estas y otras observaciones de cirugía vascular, cuyas publicaciones eran siempre elogiosamente comentadas, llamaron la atención de George Weis, decano de la Facultad de Medicina de Estrasburgo, quien le ofreció la Jefatura de la Cátedra de Cirugía, vacante por la muerte de Louis Sencert.

Igual que a Carrel, el destino le señaló el camino del éxito lejos de su querida Lyon. Allí llega Leriche, en noviembre de 1924, un día tan brumoso que obligaba a encender los faroles a las 4 de la tarde. Se instala en una vieja casa, la Maison Voltaire, célébre porque en ella el cocinero del marqués de Lutzelburg había inventado el “paté foie gras”.

En 6 meses organiza el Servicio de Cirugía a su cargo, dotándolo de todos los adelantos técnicos, incluso los laboratorios de experimentación que había visto funcionar en las clínicas norteamericanas.

En la primavera del año siguiente, el 25 de marzo de 1925, frente a una numerosa y calificada concurrencia donde no faltaban sus colegas de Lyon que habían viajado especialmente para oírlo, pronuncia una brillante clase inaugural en la que desarrolla sus particulares ideas sobre la importancia de las alteraciones funcionales en la patogenia de las lesiones orgánicas, señalando entre otros temas el papel regulador del sistema neurovegetativo sobre las paredes vasculares. Una nueva cirugía, la fisiológica, apareció en el horizonte de la medicina francesa conducida por René Leriche.

Transcurren algunos años y el Servicio de Cirugía de Estrasburgo adquiere prestigio internacional. Cirujanos de todos los países interesados en patología vascular, concurrían periódicamente a esa ciudad para conocer a Leriche y su escuela, que siempre tuvo las puertas abiertas para sus colegas.

Mientras tanto su casa, la Maison Voltaire, era visitada por conocidas personalidades del mundo cultural, como el escritor Paul Valery, con quien mantenía largas conversaciones sobre temas literarios.

A Leriche le gustaba viajar y tenía amigos en todos los países que continuamente reclamaban su presencia. Por este motivo vuelve a los Estados Unidos, donde en Baltimore, lo espera Halsted, quien públicamente confirma sus observaciones sobre la simpatectomía periartrial. Luego Austria, Alemania, Holanda, Brasil, México y en 1929, la Argentina, invitado por José Arce y donde regresaría 20 años después.
Entre los recuerdos de sus viajes nunca olvidará el que realizó a Londres en 1927. Durante la recepción que se le ofreció en el "Royal College of Surgeons", su presidente Lord Berkeley Myhinn, lo tomó de un brazo sin decirle una palabra y lo condujo a la biblioteca. Sacando una llave de su chaleco, abrió una vitrina y extrajo un recipiente de vidrio que contenía un pequeño trozo de intestino delgado con una perforación desintestérica. "Ese es —le dijo—, el intestino de Napoleón, quien no murió de un cáncer de estómago, versión que Inglaterra dejó circular para no sentirse responsable de la muerte del Emperador. El intestino fue enviado en 1827 al Presidente del College por el entonces gobernador británico de Santa Elena, y los Presidentes debían mantener el secreto bajo llave durante 100 años. Hace unas semanas se cumplió el plazo y usted es la primera persona que lo ve". Leriche no pudo posteriormente confirmar esta información, porque durante la Segunda Guerra Mundial un bombardeo aéreo destruyó esa biblioteca.

En 1937 el Colegio de Francia lo nombra miembro titular, otorgándole el sitial que habían ocupado Laennec, Magendie, Bernard y Nicolle. En su conferencia magistral "La cirugía y el dolor", Leriche recuerda sus experiencias en el frente de batalla y dice: "Es una cirugía maravillosa que obliga a pensar, exige arte, piedad y comprensión humana para entender el semblante angustiado por el dolor, porque hay un solo dolor que se puede soportar, el dolor de los otros.

En 1939 se desata la Segunda Guerra Mundial y, ante el avance de los alemanes, Leriche y su esposa dejan Estrasburgo el 31 de agosto, tomando el último tren que partía hacia el sur. Así llegan otra vez a Lyon.

En julio de 1940, después de la ocupación de Francia, Petain le ofrece el Ministerio de Salud Pública que Leriche no acepta. En octubre del mismo año el Gobierno de Vichy crea la Orden de los Médicos y le solicita que asuma su presidencia, a la que acede comprendiendo que solemnemente él, con su autoridad moral, podría evitar que el Tercer Reich movilizara los médicos franceses hacia las ciudades alemanas como tenía planeado. En 1942 renuncia a sus funciones oficiales y se dedica, exclusivamente, a su práctica privada.

Al finalizar la guerra Leriche vuelve a Estrasburgo y encuentra deshecha su casa, la Maison Voltaire. Decide entonces reanudar sus actividades quirúrgicas en París. Allí, con su fiel colaborador René Fontaine, quien lo sucedería en su cátedra de la Universidad de aquella ciudad, desarrolla la cirugía del simpático cervical y del ganglio estrellado para tratar a los pacientes con angina de pecho e hipertensión arterial, realizando las correspondientes investigaciones experimentales en unos laboratorios donados por Voronoff en el Parc des Princes.

Estamos en 1946, Leriche a pesar de sus 67 años gozaba de buena salud. Era robusto, de baja estatura, extensa calvicia con una gran frente beethoveniana y nariz aplastada. Entre las profundas arrugas de su cara brillaban los ojos azules que dejaban escapar los destellos de un fino humor. Sobre ese humor nos cuenta Courrier, miembro como él de la Academia de Ciencias, que en una reunión privada para designar miembro correspondiente al cirujano norteamericano Alfred Blalock, famoso por sus operaciones en los niños azules por alteraciones cardíacas congénitas, después de oír mencionar los méritos del candidato, Leriche muy serio fundamentó su voto diciendo que debería ser nombrado, pues sabía limpiar muy bien los zapatos. Luego se supo que en uno de sus viajes a Rochester fue hospedado en un hospital e ignorable de las costumbres locales, dejó sus zapatos en la puerta de su dormitorio y al día siguiente, los encontró limpios y brillantes. Blalock le confesó, 20 años después, que esa noche los vio y mientras otros colegas pensaron que los quería tirar por viejos, comprendió que Leriche deseaba que se los limpiaran y discretamente se los llevó y los trío.

A los 70 años, Leriche abandona sus actividades quirúrgicas pero no las intelectuales, dedicando su tiempo a leer y ordenar su profusa documentación. Por esa época adquiere una casa sobre la costa atlántica de Bretaña, en Cassis (Sur Mer), que pinta de azul. Allí pasa largos días mirando el mar, cuidando sus jardines y viñedos, y las noches inclinado sobre su máquina de escribir. Ha llegado la hora de los recuerdos y de la síntesis, pero no la del descanso porque sabía que es en el ocaso cuando emprende su vuelo el buho de Minerva, la diosa de la sabiduría. Así es como van apareciendo diversos libros hasta que en 1955 inicia el que sería el último, titulado "Recuerdos de mi vida muerta", donde nos cuenta su juventud, sus viajes, sus encuentros, sus trabajos. Lo hace con tal sencillez que introduce al lector en la intimidad de su vida, que confiesa ha sido dichosa.

El 28 de diciembre de ese año, después de haber jugado una partida de dominó con su mujer, mientras el faro del puerto de Cassis comenzaba a disipar las sombras que caían sobre la bahía, Leriche muere por un edema agudo de pulmón.
La obra científica de Leriche es extraordinaria en calidad y cantidad, 1.400 trabajos llevan su firma. Sus primeras publicaciones se extienden por todas las especialidades quirúrgicas; luego su interés se va concentrando en la cirugía vascular de la que fue, igual que Carrel, un precursor.

Sus observaciones sobre aneurismas, isquemias vasculares, simpaticectomías periarteriales, resección de las obliterations arteriales responsables de la vasoconstricción periférica refleja, sección de los esplácnicos y ramicomunicantes lumbares, son tan conocidas como la descripción del síndrome de la obstrucción de la bifurcación aórtica, que tiene para siempre su nombre 17.

Autor del famoso libro “La cirugía fisiológica” 15, también escribió “La filosofía de la cirugía” 14, demostrando no haber perdido de vista al hombre. “Al hombre (como repeta a menudo), que está solo consigo mismo, con sus angustias y aflicciones”. Este cirujano, fisiólogo y filósofo, nos ha dejado además en las páginas de “La cirugía del dolor” 17, su imagen más sencilla y más gloriosa, la de un médico que sintió en su propia carne el dolor de sus enfermos.

Epílogo

Llegamos al final de nuestro recuerdo, que comenzó con el eco de las voces y las pisadas de dos jóvenes estudiantes caminando en las últimas noches del siglo XIX, por las solitarias calles de Lyon. Poco tiempo después vimos a uno de ellos en la gruta de Lourdes, contemplando perplejo una curación milagrosa. Y al otro, también poco tiempo después, bajo el fuego de la metralla de un avión enemigo, curando con abnegación las heridas de sus soldados. Desde entonces uno de ellos no pudo dejar de intentar penetrar en las insoslayables profundidades del alma humana, y el otro de buscar originales métodos quirúrgicos para aliviar el sufrimiento de sus semejantes. Ambos querían ver lo que la mayoría de los mortales no ve, e incapaces de dominar sus ansias de saber, se asomaron sobre los misterios de nuestro mundo con preguntas cuyas respuestas recién encontrarían en las calles del firmamento, empedradas de estrellas, por donde estos 2 viejos compañeros continúan caminando.